

## Escritura y espacio en el diario de Zenobia Camprubí

DANIELLE CORRADO es profesora en la Universidad de Clermont-Ferrand II y autora de una excelente tesis doctoral sobre los diarios íntimos en España, publicada en 2000: *Le journal intime en Espagne*, Publications de l'Université de Provence.

LOS ESTUDIOS EN TORNO al género diarístico suelen privilegiar el tiempo como categoría estructurante ya que, antes de ser un texto, un diario es una práctica gobernada por lo que Maurice Blanchot definió como «la ley del calendario». La sencilla regla que consiste en escribir día a día las vivencias cotidianas determina la mayoría de los rasgos genéricos del diario: fragmentación, escasa retrospectiva, ausencia de perspectiva totalizante del relato. En cambio, al carecer *a priori* de interlocutor, el diarista tiende a ahorrarse, por ser elementos obvios para él, las descripciones de personas y lugares. Con la notable excepción de los diarios de viajes en los que el espacio constituye el objeto mismo de la escritura. Si bien el diario de Zenobia Camprubí no se define como diario de viaje, la experiencia relatada al hilo de los días viene esencialmente condicionada por la relación con el espacio destructor del exilio.

Invitados por la universidad de Puerto Rico, Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez salen de España en 1936 antes de trasladarse a Cuba donde esperan el final de la guerra civil. En Cuba, Zenobia emprende su diario (1937–1939) en el que transcribe sus esfuerzos por convencer a Juan Ramón de abandonar la isla para instalarse en Estados Unidos y así zafarse de una situación inestable que amenaza el equilibrio vital de ambos. Al finalizar la guerra la pareja se establece en Miami (1939–1951) antes de regresar a Puerto Rico donde fallece Zenobia en 1956.<sup>1</sup>

La idea de llevar un diario surge como un recurso necesario para resistir a la precariedad de una existencia dominada por la incertidumbre y lo provisional. Años más tarde, Juan Ramón describirá de manera patética la tragedia del exiliado que se enuncia en términos de pérdida del territorio: «yo todas las noches cojo un mapa y repaso todo el mundo buscando sitio donde vivir, pero no encuentro».<sup>2</sup> El planteamiento de Zenobia es muy parecido con la diferencia de que ella posee ese lugar, los Estados Unidos donde vive su familia y donde ella misma vivió parte de su juventud ya que por el lado materno procede de una familia americano-puertorriqueña.<sup>3</sup>

Pero a diferencia de Zenobia que está decidida a reconstruirse una nueva existencia fuera de España, Juan Ramón se ha puesto entre paréntesis mientras espera el regreso a su tierra. Tras el primer deslumbramiento, Cuba se ha convertido en un lugar odioso para Zenobia que tolera difícilmente el clima y los habitantes:

el país es bello en un sentido pagano, pero le falta grandeza y diversidad y no ofrece lo suficiente para quedarse [1, 153].

A Juan Ramón tampoco le seduce sobremedida porque «lo que no es tuyo no te dice nada» [1, 86]; pero a falta de considerarla suya, la tierra del exilio posee una virtud esencial, el idioma, último vínculo identitario con su país. Dolorosamente aferrado a su esperanza, el poeta se refugia en una espera pasiva que irrita a Zenobia, mucho más lúcida en cuanto a las posibilidades de regreso.

Hojeando su diario, Zenobia lamenta no haberlo empezado nada más salir de España porque «la parte más aburrida comenzó después de desembarcar en Cuba» [1, 159]. A pesar de sus afirmaciones, el de Zenobia dista mucho de ser un diario de viaje porque su motivación profunda no es la captación de paisajes y recuerdos sino una necesidad personal apremiante. En efecto, el diario se inicia siete meses después de su llegada a Cuba, el día del aniversario de su boda que se celebró en Estados Unidos:

hoy hace veintiún años que nos casamos y estamos de nuevo en este lado del mar, pero tan lejos de casa [1, 3].

La analogía geográfica subraya el cruel balance, la pérdida de la casa, del territorio necesario sin el cual, como apuntaba Bachelard, el hombre no es sino un ser disperso.<sup>4</sup> El diario nace luego bajo el doble signo del tiempo y del espacio y como un intento de respuesta a una situación espacial que Zenobia vive como una parálisis: «esta vida es intolerablemente vegetativa»; «estamos estancados aquí». No extraña pues la ausencia de descripciones de los lugares porque lo que está en juego en esta escritura es la que caben el prosaísmo cotidiano y las reflexiones existenciales, no es el viaje sino su exacto contrario: el término del viaje.

El afán de Zenobia es abandonar Cuba para rehuir una vida apática, esterilizadora:

en esta vida holgazana, veo que JR se está rebajando al nivel insulso de Eustaquio, y yo misma me siento en el estado más insulso para todo. Todo me irrita y me veo perdida para cualquier cosa buena, útil o que requiera un esfuerzo continuo [1, 216].

Cabe recordar que Zenobia recibió de su madre una educación puritana de tipo anglosajón que valora el trabajo, el esfuerzo y la independencia de la mujer por el trabajo. Contra la esterilidad que representa Cuba, Zenobia sueña con establecerse en otro lugar donde reanudar sus actividades, en particular el cuidado de los niños huérfanos como lo hacía en Madrid. No se trata sólo de encontrar un lugar donde vivir sino de recuperar el sentimiento de una existencia útil y satisfactoria fuera de la isla que dejó de ser un refugio para convertirse en una prisión. Característica de la escritura diarística, la repetición de los mismos temas traduce esa inmovilidad forzada al tiempo que refuerza el sentimiento de encarcelamiento cuando, releendo fragmentos anteriores, Zenobia constata la desesperante monotonía de una vida sin horizonte.

Los Estados Unidos, en tanto que estrechamente asociados a la figura de la madre, forman parte integrante de su territorio identitario. Corolario de los valores de utilidad y responsabilidad inculcados a la hija, fue la madre quien enseñó a Zenobia a llevar un diario a modo de balance de sus actividades cotidianas. Años más tarde, Zenobia recurre a la misma disciplina para luchar contra el sentimiento de vacío que se va apoderando de ella y, así como la diarista da vueltas en el espacio limitado de la isla, la escritura reitera las mismas frustraciones y se polariza cada día más sobre la necesidad de marcharse.

La focalización sobre los Estados Unidos es en realidad el síntoma del desplazamiento del problema geográfico hacia el espacio personal, en su doble vertiente concreta y existencial. En Cuba, la escasez de recursos obliga en efecto la pareja a vivir en un hotel y la exigüidad del espacio compartido no tardará en catalizar los conflictos. Irritada por las sucesivas negativas de Juan Ramón a sus

proyectos de partida, Zenobia emprende una airada lucha contra la «inclinación neurótica» del poeta a acumular libros y periódicos en la habitación:

dije que quería irme a recuperar en un cuarto mío donde no hubiera que respirar la atmósfera de un almacén de periódicos [1,97].

Convertida en almacén, la habitación ha perdido los valores de protección de la casa; lugar sin intimidad, incrementa la desorientación vital de la diarista que siente la acuciante necesidad de poseer un lugar que restaure la unidad interior, un lugar privado donde pueda, en definitiva, defender su identidad.

Corolario de la falta de espacio es la reiterada y significativa necesidad de aire:

se me hace imposible respirar el necesario aire fresco excepto yendo a un lugar aparte de JR [1, 97].

Zenobia abre ventanas, reales o metafóricas como el diario que cumple aquí la función de ese lugar para sí que Virginia Woolf reclamaba para cada mujer.<sup>5</sup> A falta de ello, el diario viene a ser el sustituto de ese anhelado espacio personal donde reunirse consigo misma y soñar en íntima soledad con una vida más acorde con sus deseos. El diario es a la vez un medio de expresión y una herramienta para romper la doble reclusión generada por la geografía y la pareja. La reiteración de los roces ocasionados por la falta de espacio termina revelando un conflicto más profundo y doloroso verbalizado gracias a la práctica de la escritura cotidiana:

y creo que ya que vivimos sólo una vez es demasiado no poder vivir la vida propia [1, 136];

¿qué sentido tiene el permitirle que acabe con mi existencia? [1, 179].

Con dolorosa lucidez, Zenobia mide hasta que punto Juan Ramón ha ido amputando su territorio personal y del cuestionamiento emerge la supervivencia de un yo amenazado por el otro que, aunque amado, no deja de ser un peligro. La práctica del diario forma parte de una estrategia de preservación del yo, del territorio íntimo porque

implica retirarse algunos instantes, sustraerse a la acción de los demás y reanudar el coloquio íntimo. En ese lugar privado, Zenobia puede desahogar sus sentimientos pero también recapacitar sobre su situación y reafirmar sus convicciones fuera de la influencia emocional de Juan Ramón. De allí es de donde saca fuerzas para imponer su idea de irse a los Estados Unidos a pesar de todos los reparos y resistencias del esposo. Dentro de esta perspectiva se explica también el recurso a la lengua inglesa en el primer tomo del diario, un idioma que al estar vinculado a la madre y a un país sinónimo de una vida libre y satisfactoria, traduce su íntimo deseo de recuperar un espacio vital. La escritura adquiere asimismo una dimensión defensiva, no porque Zenobia temiese que alguien leyera su diario, sino más bien porque la barrera idiomática contribuye a fortalecer el espacio privado construido por la escritura.

El traslado a Miami no basta empero para anular el conflicto profundo que vuelve a surgir, expresado en términos muy explícitos:

se me vino encima la vida entera y la idea de la anulación gradual de mi personalidad en todo lo que no sea ayuda para los objetivos de JR [2, 180].

Al conseguir que la pareja se trasladase a Miami, Zenobia pensaba poner un término al perturbador sentimiento de provisionalidad; pero pronto descubre que su vida entera es una

sala de espera de una estación: «esperando a cocinar o escribir a máquina para JR» [2, 196].

El problema no radica pues en un espacio físico concreto sino en una definición insatisfactoria del espacio personal. Con todo, la escritura resulta ser no sólo un auxiliar valioso para la toma de conciencia de la propia situación sino sobre todo un principio activo gracias al cual Zenobia resiste a la pérdida de la autoestima; así una vez instalada en los Estados Unidos, aprende a conducir y reanuda la carrera universitaria que le permitirá ejercer como profesora en la universidad del Maryland.

El segundo tomo del diario encierra otro ejercicio de escritura en torno al espacio. Al calor

de una banal conversación, Zenobia emprende una descripción de las habitaciones en las que vivió desde la infancia. Se reconoce aquí un ejercicio análogo a la experiencia de «autobiografía vespéral» intentada por Georges Perec en *Lieux où j'ai dormi*.<sup>6</sup> No se trata de un relato exhaustivo de la propia vida sino de una suerte de armazón autobiográfico ya que cada habitación propicia la evocación de una etapa de su vida. La elección de la habitación como estructura recordatoria no es, por supuesto, indiferente. Utilizada, según el término de Bachelard, como un «diagrama de la interioridad», es un prisma de lectura del pasado a partir de un lugar privilegiado de la intimidad, a la vez estable en su función y cambiante en su forma, algo como un paradigma a partir del cual evaluar el propio recorrido. En breves toques, Zenobia restituye la nota dominante de una época: la alegría de la habitación barcelonesa y los juegos con los hermanos; la tristeza metonímica del cuarto de la adolescencia valenciana no le deja, en cambio, sino el recuerdo de un «callejón sin salida».

Tras una infancia feliz y protegida, dominada por las figuras femeninas de la casa, viene la adolescencia ensombrecida por los conflictos familiares y la presencia de un padre rígido y dominador al que Zenobia confiesa no haber amado nunca. El padre originó un conflicto análogo al que se enfrenta la diarista en la actualidad ya que se opuso al deseo de la joven Zenobia de instalarse en Estados Unidos. A pesar de lo escueto de la evocación surgen informaciones que arrojan una luz nueva sobre el diario al situarlo en una perspectiva existencial más amplia. La lucha presente por el espacio geográfico adquiere un nuevo cariz porque las raíces son más profundas, en realidad reactualiza un sordo conflicto contra una dominación masculina de la que Zenobia no logrará nunca zafarse del todo. Así a los sesenta y dos años, la diarista sigue aspirando a un lugar propio:

Sueño en construir una sola habitación grande con chimenea y muchas ventanas que *sea mía* y que me libre de lo demás [2, 330].

La habitación funciona a la vez como una clave de lectura de un recorrido vital y como metonimia de la interioridad de la diarista. De una

habitación a otra, Zenobia contempla un recorrido discordante desde la pérdida de la habitación inicial, lugar protector y hospitalario que nunca conseguirá recrear de manera duradera.

En este diario el espacio real opera a la vez como objeto del conflicto y como revelador de la estructura profunda de la práctica diarística de Zenobia Camprubí. Movimiento desde fuera hacia adentro, el diario ahonda la intimidad consigo mismo y se convierte en sustituto del necesario espacio propio; se convierte en un lugar de fecunda soledad en el que se produce un «nacimiento a la palabra».<sup>7</sup> Gracias a la escritura cotidiana, Zenobia puede retirarse en sí misma y desde allí defender su yo ahogado y amenazado, construir en definitiva su espacio discursivo para no perderse del todo.

Punto de partida de la escritura, el espacio concreto se afirma, al correr de los días, como el indicio de un malestar interior y la refracción de un proyecto existencial mucho más amplio que las circunstancias iniciales. La escritura no se limita a captar los lugares vividos, sino que los integra en un cuestionamiento vital. En tanto que práctica, el diario no es gobernado por las leyes habituales de la composición puesto que el diarista, a la diferencia de un novelista, no escoge los lugares donde transcurren las experiencias referidas como tampoco goza de una perspectiva totalizante de la materia referida. En cambio, en el diario convertido en texto cerrado, el espacio se convierte en categoría estructurante y significativa debido a la reiteración inherente a esta modalidad de escritura. Traducción de la fragmentación temporal en fragmentación espacial, cada entrada constituye un punto cuya acumulación construye un trazado, un itinerario. Como el tiempo o las personas, el espacio contribuye a esclarecer el funcionamiento y la finalidad de la escritura. Zenobia intenta construir el territorio de su verdad íntima atravesando los espacios reales y el espacio simbólico de la página de su cuaderno. El alejamiento y la confrontación con espacios extranjeros modifican la percepción del mundo y por medio de la escritura reciben una carga simbólica que lleva a cuestionar la propia posición del sujeto. Aunque no resuelva el conflicto, Zenobia Camprubí toma conciencia de la amputación de su espacio geográfico y personal, y la

escritura le servirá de ayuda para resistir y recuperar, en parte, su territorio íntimo.

Escritura del tiempo, un diario se convierte con la práctica en un lugar donde dar una forma a la existencia gracias a lo que Genette designa como «la espacialidad primaria o elemental que es la del mismo lenguaje»;<sup>8</sup> un lugar para crear su vida dice Muñoz Molina: «Abrir un cuaderno con las páginas en blanco es como habitar una casa intacta, como tener toda la vida por delante».<sup>9</sup> Travesía de la página para inscribir la ruta, dejar una huella o encontrar el propio lugar, el diario es de todas maneras una cuestión de espacio en la medida en que es a partir del espacio, espacio físico y espacio de la escritura, como el tiempo y las vivencias adquieren un sentido o por lo menos una dirección como lo sugería otro diarista experto, César González-Ruano: «En realidad el hombre nunca sabe lo que es. En el mejor de los casos sabe dónde está».<sup>10</sup>

### Bibliografía

- BACHELARD Gaston, *La poétique de l'espace*, Paris, Presses Universitaires de France, 1958.
- CAMPRUBÍ Zenobia, *Diario. I Cuba (1937-1939)*; *Diario 2. Estados Unidos (1939-1951)*, Madrid, Alianza Tres-EDUPR, 1991 y 1995.
- DIDIER Béatrice, *Le journal intime*, Paris, Presses Universitaires de France, 1976.
- GENETTE Gérard, *Figures II*, Paris, Seuil Points Essais, 1969.
- GONZÁLEZ-RUANO César, *Diario íntimo*, Madrid, Taurus, 1970.
- GULLÓN Ricardo, *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid, Taurus, 1958.
- MUÑOZ MOLINA Antonio, «Cuaderno en blanco», *El País Semanal*, 2 de diciembre de 1997.
- PEREC Georges, *Espèces d'espaces*, Paris, Galilée, 1974.

### Notas

- <sup>1</sup> Zenobia Camprubí, *Diario I. Cuba (1937-1939)*; *Diario 2. Estados Unidos (1939-1951)*, Madrid, Alianza Tres-EDUPR, 1991 y 1995. Los tres tomos de la edición póstuma del diario que corre a cargo de Graciela Palau de Nemes coinciden con estos tres espacios geográficos. Que yo sepa no se ha publicado el tercer tomo de la serie.
- <sup>2</sup> Ricardo Gullón, *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid, Taurus, 1958, p. 33.
- <sup>3</sup> Véase la introducción de Graciela Palau de Nemes.
- <sup>4</sup> Gaston Bachelard, *La poétique de l'espace*, Paris, Presses Universitaires de France, 1958, p. 26.
- <sup>5</sup> Virginia Woolf, *A room for one's own*, Londres, 1929.
- <sup>6</sup> Georges Perec, *Espèces d'espaces*, Paris, Galilée, 1974, pp. 31-36. Philippe Lejeune ha analizado detenidamente el proyecto de Perec en *La mémoire et l'oblique*, Paris, P.O.L., 1991.
- <sup>7</sup> Béatrice Didier, *Le journal intime*, Paris, Presses Universitaires de France, 1991 [primera edición 1976], p. 91.
- <sup>8</sup> Gérard Genette, *Figures II*, Paris, Seuil Points Essais, 1969, p. 44.
- <sup>9</sup> Antonio Muñoz Molina, «Cuaderno en blanco», *El País Semanal*, 2 de diciembre de 1997.
- <sup>10</sup> César González-Ruano, *Diario íntimo*, Madrid, Taurus, 1970, p. 900.